



LA BIBLIA.

I

LIBRO admirable, cuyo estilo es majestuoso y sublime, elevado y magnífico; tierno unas veces como el canto de armoniosas aves, dulce como los acentos de la arpa eólica, y otras reposado y solemne como la voz de los ancianos: ora lastimero y desgarrador, semejante á los gritos de la adversidad, ora suave y apacible como las brisas de la tarde, ó los inocentes cantos de los niños! Libro que es la fuente misteriosa dondè la humanidad bebe sin cesar las saludables aguas de una moral pura, y cuyos menores conceptos son por sí solos códigos perfectísimos de amor y de enseñanza. A él van los poetas que quieren conmovier con sus cantos, y los artistas soñadores que buscan inspiracion en la verdad y la belleza. De él dice Lamartine que *son sus caractères estrellas y sus páginas firmamentos*. . . . ¡La Biblia! . . . monumento sagrado y eterno construido por las manos mismas de Dios; luz purísima y siempre viva que guía los pasos de los hombres; faro

consolador de los corazones que creen, conjunto de verdades y de grandiosas bellezas, origen de vigorosas inspiraciones y manantial de santísimos consuelos..... Allí están estampadas por el inspirado génio de Moisés las verdades históricas y científicas más admirables; verdades que el orgullo de los adelantos modernos, queriendo desmentir, sólo ha confirmado. Allí están referidos con maravillosa concision, así el origen del mundo y de los hombres, como las pompas y primeras galas de que se revistió la naturaleza para deleitar á nuestros padres desde el primer instante de su sér. Allí están los más atrevidos vuelos del pensamiento y las conmociones y tempestades que experimentar puede la inteligencia humana. Allí hablan todos los dolores, todas las dichas de la tierra, y se escuchan tambien las más dulces é íntimas efusiones del amor y la amistad; allí, finalmente, en la Biblia—como dice el elocuente Marqués de Valdegamas—“están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como

el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan, es triste como la última palpitation de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, véñse pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos; las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes, y los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominacion; Nínive con su pompa; Ménfis con su sacerdocio; Jerusalem con sus profetas y su templo; Aténas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios: todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.”

Pero, sobre todo, el ánimo queda embargado y el entendimiento suspenso, cuando se considera la Biblia como monumento literario. Hay en sus resplandecientes páginas desde el más tierno y conmovedor idilio hasta la más terrible de las tragedias; desde el himno guerreo más ardiente hasta la más triste y desgarradora de las elegías; desde los cantos más melodiosos y suaves hasta la epopeya más elevada y grandiosa. Ni Homero, ni Virgilio; ni el Dante, ni el Tasso; ni Shakspeare ni otros grandes poetas ofrecen en sus obras las maravillas que encontramos en la Biblia. ¿Quién ha igualado jamás la bella y conmovedora historia de José y sus hermanos, la de Tobías y de sus padres? ¿Cuándo la epopeya de los hombres ha llegado

á la altura en que está colocado el heroísmo sublime de los Macabeos? ¿Qué idilio de los bucólicos más célebres podrá compararse con los risueños y apacibles cuadros de Ruth y de Booz, de Tobías y de Sara, de Isaac y de Rebeca? Y finalmente, ¿dónde están las tragedias dignas de colocarse al lado de las que abundan en las Santas Escrituras, tales como las de Dina y Atalía? En este libro por excelencia se inspiraron Rafael y Murillo para pintar sus vírgenes de sonrosada tez, sus ángeles y sus niños; en él buscó también Miguel Angel sus colores para admirar perpétuamente al mundo con su fresco inmortal de la Capilla Sixtina. ¿Y de dónde también, si no de la Biblia, tomó Bossuet su elocuencia para hablarnos de los misterios del sepulcro? ¿En dónde aprendió aquel lenguaje severo y majestuoso con que tantas veces conmovió á su auditorio? ¿Quién le inspiraba los solemnes apóstrofes que dirigía á los grandes? ¿Quién le enseñó á formular aquellas exclamaciones tristes y sombrías como la misma tumba, que todavía hoy hacen estremecer y temblar? Y los legisladores, ¿en dónde se inspiran para formar las buenas y prudentes leyes que rigen á los pueblos? Y los poetas, estos cantores eternos de las obras del Criador, ¿en dónde aprenden á dar armonía y expresion delicada á sus estrofas? Y los historiadores ¿á dónde van cuando quieren imprimir á sus narraciones energía, colorido y majestad?

II

La Biblia es la historia de la humanidad, vasto é inmenso panorama donde están retratadas sus alegrías y sus tristezas, sus dolores y sus esperanzas, sus faltas y su redencion. Leyendo sus páginas, asistimos primeramente llenos de asombro á la obra portentosa de la creacion; nuestra alma se sorprende y se recrea entusiasmada con las magníficas y extraordinarias escenas descritas de un solo rasgo por aquellos versículos sencillos, breves y elocuentes. Despues, cuando vemos á nuestros primeros padres gozando en el paraíso, una suave ternura y una blanda tristeza se apoderan de nuestro corazon: aquí derramamos las primeras lágrimas por la dicha que perdimos, y aquí también comenzamos á experimentar los trasportes dulcísimos de la esperanza, al ver que un Redentor Divino vendrá á salvarnos. Pasan aquellos días de consuelo y de tristeza; lloramos sobre el cadáver del inocente Abel; nos dirigimos á Dios implorando justicia y misericordia para el fratricida, y presenciemos con espanto el tremendo espectáculo del diluvio, en que *se desataron las cataratas del cielo y se abrieron los manantiales del abismo*. Llegamos á los felices tiempos de los patriarcas, y ya aquí es tal el embeleso que se apodera de nuestra alma, que nos asociamos en un todo á las inocentes y sencillas costumbres de los moradores de los campos; recorreremos los bosques y las montañas cuidando el dócil rebaño, y rendidos de fatiga per el sol del desierto

nos retiramos á descansar sosegadamente á las orillas de un torrente; allí, donde la sombra de la palmera ó el rumor de las brisas nos hace buscar las agradables delicias de un sueño tranquilo. Vamos en seguida á la montaña á presenciar los sacrificios que las familias hacen al Señor, y por las tardes nos acercamos á las fuentes, en donde dos jóvenes candorosos sienten nacer sus primeros amores. Aquí están los de Isaac y Rebeca, de Jacob y de Raquel, y aquí hallamos tambien la tiernísima historia de José y sus hermanos. ¡Qué perfidia la de éstos, junto á la mansa humildad del primero! ¡Qué corazón el suyo, tan firme en la virtud, que rechaza poderosas tentaciones y sufre humildemente larga é injusta cautividad! Pero nada es tan tierno, nada tan conmovedor, como aquella extraña manera de darse á conocer á los ingratos que le vendieron. “José—dice Chateaubriand—llorando á la vista de sus ingratos hermanos y del jóven é inocente Benjamin; ese modo de pedir noticias de un padre; esa adorable sencillez y esa mezcla de amargura y de agrado, son cosas inefables; naturalmente vienen las lágrimas á los ojos, y se siente uno conmovido á llorar con José.”

Muere el rey de Egipto, protector de José y su familia, y una bárbara opresion cae sobre la privilegiada descendencia de Jacob. Pero aparece luego Moisés, el Gran Legislador de los hebreos, que trae de Dios la grandiosa mision de salvar á su pueblo: él va á arrebatarlo de la esclavitud en que gime, y á guiarlo á través de las aguas de los mares y de las soledades del

desierto; él va á ser su legislador, su padre amoroso que velará por la impaciente multitud: hará brotar fuentes de agua pura del seno de las rocas, y por él lloverá del cielo sabrosísimo maná: él consolará á los descontentos, dará confianza á los tímidos, orará por los pecadores y los ingratos. Tal es Moisés: profecía viva de Jesucristo que anuncia á la humanidad los sacrificios, la santidad y el amor con que ha de regenerar al mundo el Salvador de los hombres. Moisés solo es toda la historia del pueblo hebreo: por eso cuando se medita en él, sentimos singular respeto y veneracion hácia su memoria, y contemplamos su figura grandiosa y radiante de esplendor entre las brumas de los pasados tiempos.

Después de continuas guerras y tribulaciones sin cuento, el pueblo de Dios conquista al fin la tierra prometida: á las fatigas del desierto, á las inquietudes de los combates, al malestar de una peregrinacion prolongada, suceden la paz y el sosiego. Empero, pronto las familias comienzan á dividirse, el culto de Jehová á olvidarse, sangrientas guerras á encenderse. Saúl, primer rey de Israel, persigue con odio incomprendible al manso y dulce David: sube éste al trono, y tiene que mandar perseguidores aún contra su mismo hijo: aquí oímos los gemidos de su dolor inmenso después de su caída, y presenciarnos las maravillas que obran en él la penitencia y el arrepentimiento; y aquí vemos igualmente cómo, bajo el reinado de Salomon, un pueblo creyente y agradecido levanta á su Dios el más grandioso y rico templo que jamás han visto los siglos.

Entre tanto, ¡qué hermoso es considerar que aquella nacion privilegiada, ora esté bajo las cadenas del pecado, ora desfallezcan su fé y su esperanza, confía en que llegará al fin el Redentor prometido, el Rey Salvador de Israel y del mundo, el vengador de tantas humillaciones sufridas, de tantos pesares y amarguras! Los profetas lo anuncian con sus solemnes cantos, con sus fúnebres y tremendas imprecaciones: las ciudades se preparan á recibirlo, los pecadores á implorar su perdon. . . .

En Betlem, en pobre y oscura gruta, nace el autor de la Ley Nueva, el regenerador del hombre, el que trae del cielo tesoros de gracia y de amor para derramarlos sobre la tierra. Hé aquí que ha llegado el cumplimiento de las divinas promesas; oíd ahora á Jesus, presenciad sus obras. No habrá ya sangrientos sacrificios: él será la víctima de paz y de amor; no habrá ya odios entre los hombres y los pueblos; él será el dulce vínculo de concordia que los unirá á todos; no habrá ya tinieblas ni horrores: él será Sol de verdad y manantial purísimo de sagrados afectos: una moral celestial y divina va á regir el mundo. Jesucristo, con solo su venida, desquicia los templos de la idolatría y la maldad, y con su muerte en el Calvario sella para siempre el pacto de eterno amor entre el Criador y la criatura.

Despues de las admirables y sublimes páginas del Evangelio, hallamos la narracion sencilla de los *Hechos de los apóstoles*; las *Epístolas* del gran San Pablo, figura sin igual en la historia, por su conversion milagrosa á la fé de Cristo

despues de haberla perseguido, por su celo en dar la luz del cielo á las naciones y á los reyes, por su abnegacion incomparable para predicar á los gentiles la verdad, y, en una palabra, por su elocuencia avasalladora, su sabiduría y su virtud. ¡Qué doctrina hay en sus cartas, tan llenas de uncion y amor al género humano! ¡Qué claridad y sencillez en sus conceptos! ¡Qué justicia en sus sentencias! ¡Cuánta profundidad y conviccion resplandecen en las instrucciones que da á sus discípulos! Él es verdaderamente el intérprete más grande de los preceptos de Jesus, el varon más penetrado del espíritu de Dios, para ser el mensajero que deberá llevar á los confines de la tierra la simiente preciosa de la moral Evangélica.

Con el *Apocalipsis* de San Juan, vision profética de los últimos tiempos, se cierra la última página de la Biblia: allí están nuestro destino, nuestra postrera esperanza, la promesa final de la Divinidad.

III

Hay en la Biblia algunas páginas que son como preciosas perlas que adornan la narracion, como diamantes engastados en el libro para hacerlo más resplandeciente, á manera de las valiosas joyas que hacen deslumbrador y magnífico el lujoso traje de una reina; páginas que conmueven el espíritu profundamente, así por la exquisita y rica poesía que contienen, por la sana y útil filosofía que enseñan, como por su estilo elevado y noble, y las gratas delicias que

halla el corazón en su lectura. En Isaac, José y Tobías tenemos el tipo de los buenos hijos; el de la excelente esposa en Esther, Ruth y Raquel; en Judith el de la mujer valerosa y heroica que salva á la nación hebrea de tremenda catástrofe, y por último, en David están personificados el arrepentimiento, el dolor del pecado, el poder eficaz de la penitencia.

El Libro de los Salmos es un prodigio eterno de piedad y de amor: contiene los suaves y delicados acentos de una arpa melodiosa y las inspiraciones más atrevidas que jamás hayan brotado de la fantasía de un poeta: contiene los lamentos del pecador arrepentido que pide misericordia y justicia, y los himnos de amor, gratitud y admiración hácia el Criador y sus obras; contiene, en suma, confesiones y amenazas, promesas y recuerdos, alabanzas é imprecaciones, humildad y dulce abnegación. David canta, llora, gime desconsoladamente; ve su corazón manchado por el delito y eleva al Señor sus oraciones como holocausto humilde de su arrepentimiento y su dolor: sube á las montañas, desciende á los abismos de los mares, paséase por los espacios infinitos del firmamento, y donde quiera halla escrito el nombre y la omnipotencia del Señor: las estrellas y los brillantes mundos son joyas preciosas que adornan y enriquecen su manto; penetra á los bosques, y une al canto de las aves, al correr apacible de las corrientes, las voces doloridas de su angustiado pecho. ¡Qué armonías brotan entónces de la arpa de David! ¡qué elevación da á sus ideas, qué dulzura á sus palabras, qué inefable sencillez á las imágenes de su maravilloso lenguaje!

Los libros de Salomón resplandecen todos por la sabiduría que Jehová concedió pródigamente al *hijo amado de su siervo David*: aparte del admirable *Cantar de los Cantares*, que es el himno epitalámico más suave, apasionado y hermoso que existe en las lenguas de los hombres, allí están, para eterna enseñanza de la humanidad, los Libros de los *Proverbios*, del *Eclesiastés*, de la *Sabiduría* y del *Eclesiástico*: sus sentencias son breves y justas; eficaces sus consejos; verdaderos, conmovedores y profundos los preceptos que contienen acerca de la familia, del amor, de la amistad, del trabajo y del orden. Acaso pueda decirse que los libros de Salomón, aunque anteriores al Evangelio, son una continuación, una ampliación y desarrollo de la divina moral que después vino á predicar Jesucristo; porque, ¿no es extraño y maravilloso encontrar en ellos, al mismo tiempo que un tan profundo conocimiento del corazón humano, máximas casi idénticas á las del Evangelio, doctrinas cuya esencia parece estar tomada de las palabras mismas de Jesús? . . .

Isaías y Jeremías son los profetas más inspirados de Dios: elocuentes y melancólicos, de arrebatos conmovedores y de ardiente corazón, sus acentos resuenan en las montañas, en las cavernas, en las calles y alrededores de la ciudad, ya para anunciar al pueblo tremendas catástrofes, castigo de sus ingratitudes é infidelidades, ya para exhortarlo á volver al camino del bien y de la fé. Predican el tristísimo cautiverio de Babilonia, las guerras con los países extranjeros, las humillaciones y desdichas de

Israel, la ruina de Jerusalem y de su templo. ¡Qué dolorosas son siempre las voces de los profetas! Jeremías, sentado tristemente en la montaña, frente á las amadas ruinas de la ciudad de Dios, lanza aquellas lamentaciones amarguísimas y pavorosas que no han vuelto á oír los siglos y que se verán siempre en el curso de los tiempos como la más viva, la más patética, la más sublime expresion del dolor y las lágrimas.

IV

El Libro de Tobías es hermoso como el amor de la familia y los suaves afectos paternos: sus palabras respiran inocencia, sus páginas dulcísima ternura: vemos allí á dos amorosos y prudentes ancianos que cifran su felicidad en amar y temer al Señor. El hijo que el cielo les dió para regocijo de sus días, parte á cobrar la deuda acompañado de un ángel que se oculta bajo la forma de un gallardo mancebo: ¡cuánta uncion hay en los consejos del padre, cuánta prevision y bondad!—La madre de Tobías, afligida y llena de temor por aquella prolongada ausencia, *se iba á sentar todos los días, como dice la Biblia, cerca del camino, en la cima de una colina, desde donde podía ver á larga distancia si venía su hijo.* Su esposo la consuela, dirigiéndole palabras cariñosas, tiernas y tranquilizadoras *con las cuales cesó la madre de llorar, y se aquietó.*—Entre tanto, Tobías camina acompañado del ángel, que le prodiga sin cesar los más solícitos cuidados: recibe por esposa á la inocente Sara, y vuelve con ella á la casa paterna, tra-

yendo el bienestar y la alegría. El perro anuncia la llegada del jóven, pisa éste el umbral de la humilde cabaña, y sus padres le reciben en sus brazos, trémulos de inefable gozo. Despues, cuando llega Sara y la dicha de la santa familia es completa, el ángel se descubre, sonríe de contento, y desplegando sus blanquísimas alas se remonta al cielo. El patriarca, su esposa y sus hijos quedaron maravillados y confusos ante aquella nueva gracia del Señor.

Hay en esta apacible y sencilla narracion cierto delicado perfume de inocencia que conmueve plácidamente; y al leerla, los recuerdos de la infancia se despiertan espontáneamente en nosotros: la imágen de nuestra madre, de su amor bendito, aparecen en nuestra mente para conmovernos y trasportarnos á mejores días.

El Libro de Judith, tambien bello y admirable, es un poema, una epopeya magnífica del valor y del heroísmo: la virtuosa viuda, al ver en peligro la libertad de su patria, se siente animada de un sentimionto noble, abandona los tranquilos goces del hogar doméstico, y ataviada de hermosas galas, se arroja en medio de los peligros que acaso le esperan en el campamento enemigo: brillan en su semblante una serenidad é inspiracion altísimas, y con estas solas armas logra llegar hasta Holofernes: subyugado él por la hermosura de la hebrea, Judith pudo consumir, con gran sorpresa de ambos ejércitos, la grandiosa obra de la salvacion de su pueblo.

Finalmente, en el Libro de Esther se hallan los sentimientos más suaves y delicados que pue-

den conmover el corazón humano: la inocencia candorosa de Esther, su bondad y su prudencia; la fé de que están animados sus ojos y su frente, la sencillez de su alma y la piedad de su corazón, hacen de ella un tipo acabado de singulares virtudes. El mismo Asuero, su esposo, rey déspota y sensual, se siente conmovido ante la suave mansedumbre de aquella paloma, y tórnase de sanguinario y cruel en juez prudente y justiciero.

¡El Libro de Job!..... ¿Qué podrá decirse de tan sublimes páginas? ¿Cómo expresar la ardiente admiración que inspira el pastor de la Idumea, esta encarnación viva del dolor y la esperanza, de la abnegación y de la fé? —Job, poeta sin igual en la historia, conocedor profundísimo del corazón humano, es un varón, hijo predilecto de Dios, purificado en el sagrado crisol de tremendas y dolorosas pruebas; su virtud es firme como las encinas seculares que tienen sus raíces en lo más profundo de la tierra; su resignación incomparable hace meditar seriamente, porque revela á los hombres la debilidad de sus fuerzas y la nada de su poder. Soberano del pensamiento, intérprete inspirado de los misterios de nuestra fé, maestro eterno de la humanidad, su cátedra es un estercolero inmundado, su trono un lecho pestilente y hediondo, en cuyo alrededor sólo se respiran miasmas deletéreos. De sus doloridos labios salen como rayos de fuego aquellas sentencias que espantan, aquellas exclamaciones que admiran, aquellos apóstrofes que hielan la sangre en nuestras venas. Examina la vida del hombre desde que es

concebido en el vientre de la mujer hasta que su cuerpo se confunde con el polvo del sepulcro; investiga los secretos de su corazón, saca á luz sus miserias y sus virtudes, sus ingratitudes y sus errores; se estudia él mismo, y con melancólica sencillez nos pinta sus goces de niño, las comodidades que le dió la riqueza, sus vacilaciones y sus dudas: mas, de súbito, espantado del atrevimiento con que se había elevado á regiones de desconocidos misterios, lleno de terror por las blasfemias que han pronunciado sus labios, calla y gime con el gemido del arrepentimiento, prorrumpiendo en seguida en ardientes alabanzas al Señor su Dios. ¡Qué pintura hace entónces de la Bondad Divina y de sus obras! ¡cuál describe las humanas miserias y la pequeñez de la criatura!

El Libro de Job es una elegía inmensa y dolorosa, que parece dictada por la conciencia de la humanidad: está empapada en sus tristezas infinitas y en sus lágrimas: por eso conmueve tan hondamente.

Cuando Job, agobiado por el peso de sus amarguras, calumniado por sus amigos; reprendido y abandonado por su mujer misma, comienza á sentir que su fé vacila, que su inteligencia se ofusca y la esperanza le abandona, la blasfemia quiere salir de sus labios, sin que basten ya á tranquilizarlo el poder y los consuelos de la resignación. Pero entónces una voz misteriosa, severa, la voz del mismo Dios, se escucha de súbito en los aires: el Criador reprende al hombre y le muestra su debilidad y su flaqueza.

“¿Dónde estabas tú—le dice—cuando yo echaba los cimientos de la tierra? ¿Sabes quién tiró sus medidas ó quién extendió sobre ella su primera cuerda? ¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera, como quien sale del seno de su madre? Encerréle dentro de los límites fijados por mí, y dije: *hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí quebrantarás tus hinchadas olas*. ¿Eres tú acaso el que haces aparecer á su tiempo el lucero de la mañana, ó resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra?”

Job, sorprendido y admirado, cierra los ojos y se confiesa culpable. “Yo que he hablado tan inconsideradamente—exclama—¿qué es lo que puedo responder? Nada. Cerraré mi boca con mi mano. Me acuso á mí mismo, y hago penitencia envuelto en polvo y ceniza.”

Y el poema acaba con esta confesion sincera, con esta humildad edificante, con este arrepentimiento sublime. La prueba concluye, y Job recibe el premio de *las tribulaciones que el Señor le había mandado*.

¿Hay por ventura en algun libro humano este maravilloso lenguaje? El pensamiento y la imaginacion más privilegiadas ¿han podido elevarse alguna vez hasta las regiones en que vaga el espíritu de Job? ¿Qué pecho ha lanzado nunca aquellas quejas ni cantado las magnificencias del universo, como lo ha hecho él solo?

V

La Biblia, como todo lo que tiene un indeleble sello de grandeza, ha sido impugnada y combatida en todos tiempos por los enemigos del Cristianismo; pero ante ellos puede colocarse tambien una brillante pléyade de defensores y apologistas, que siempre la han sacado triunfante del exámen á que tantas veces ha sido sometida. Los Santos Padres, los filósofos y los sabios, y en nuestros días todas las ciencias, han apoyado cuantas verdades se contienen en el Antiguo Testamento. Y en cuanto al Nuevo, es tan puro y brillante el resplandor de su divino lenguaje, de tal conviccion y consuelo se llena el alma al leerlo, que los mayores incrédulos jamás se han atrevido á dudar de su autenticidad. Un insigne y sábio eclesiástico francés, Mr. Gainet, cura de Cormontreuil y miembro de la Academia de Reims, ha escrito y publicado LA BIBLIA SIN LA BIBLIA, obra notabilísima y tal vez única en su género hasta hoy, en la cual está la historia de las Santas Escrituras, segun aparece de *testimonios únicamente profanos*. Causa admiracion ver la multitud y diversidad de autores consultados para elaborar esta obra magna: forma una biblioteca. Los comentadores de todas las edades, los Santos Padres, los poetas y escritores de las antiguas literaturas latina y griega, los historiadores, astrónomos y geólogos, hablan allí en ordenado concierto, para asegurar el respeto, la veneracion y autoridad de que está rodeada la Biblia: no es po-

sible defender la verdad con mayor acierto y lucimiento.

Entre los apologistas más ardientes que ha tenido el Evangelio, se cuenta á Juan Jacobo Rousseau, el filósofo revolucionario y enemigo implacable del catolicismo. Hé aquí sus palabras:

“Confieso que la majestad de las Escrituras me admira, y la santidad del Evangelio habla á mi corazon. ¡Ved cuán pequeños son al lado de este gran Libro, los libros de los filósofos con toda su pompa! ¿Puede un libro, á la vez tan sublime y tan sencillo, ser obra de los hombres? ¿Y puede ser que el héroe de esta historia no sea más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres; qué gracia tan encantadora en sus instrucciones, qué elevacion en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué presencia de espíritu, delicadeza y exactitud en sus respuestas; qué imperio sobre sus pasiones!

“¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin ostentacion? Cuando Platon en su *República*, pinta á su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todos los galardones de la virtud, retrata rasgo por rasgo á Jesucristo. Es tan viva la semejanza, que todos los Padres la han advertido, y es imposible engañarse acerca de su original. Y sin embargo, ¡cuánta preocupacion, cuánta ceguedad se requieren para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el Hijo de María!—Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sos-

tiene sin dificultad hasta el fin su papel de gran personaje, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con toda su grandeza de ánimo fué algo más que un sofista. ¿Diráse que inventó la moral? Otros, ántes que él, la habían practicado, porque no hizo más que decir lo que aquellos habían hecho, y reducir á lecciones sus ejemplos. Aristides fué justo ántes que Sócrates dijese qué era la justicia; Leonidas había sucumbido por su país ántes que Sócrates proclamase como un deber el amor á la patria; Esparta era sóbria ántes que Sócrates elogiasse la sobriedad, y ántes que él hubiese definido la virtud Grecia abundaba en hombres virtuosos. Mas ¿en dónde aprendió Jesus entre los judíos la moral pura y elevada de que sólo él se mostró maestro y dechado? Del seno del más furioso fanatismo elevóse la más encumbrada sabiduría, y la sencillez de las virtudes más heróicas honró el más abyecto de los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que se puede desear; la de Jesus, espirando entre tormentos, injuriado, beñado y maldito de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando. Jesus, en medio de un espantoso suplicio, ruega por sus encarnizados enemigos. En verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.—¿Diriase que la historia del Evangelio es inventada al capricho? No se inventa así por cierto, y los hechos de Sócrates, de los que nadie du-

da, están ménos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, esto es esquivar la dificultad y no destruirla; sería aún más inconcebible que muchos hombres de comun acuerdo hubiesen forjado tal libro, que el pensar que un solo hombre haya dado materia para formarle. Nunca autores judíos hubieran encontrado aquel tono y aquella moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan evidentes y tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe.”

Chateaubriand se expresa así:

“Es sin duda alguna un cuerpo de obra bien singular el que principia por el Génesis y termina por el Apocalipsis; el que empieza á darse á conocer con el estilo más claro y sencillo y acaba con el tono más figurado. ¿Se podrá dudar que todo es grande y sencillo en Moisés, como aquella creacion del mundo y aquella inocencia de los hombres primitivos que nos pinta? ¿Se dudará tampoco que todo es horrible y fuera del órden natural en el último profeta, como aquellas sociedades corrompidas y aquel fin del mundo que nos representa?—;Cosa prodigiosa! Veinte autores de edades y épocas tan remotas han trabajado en los Libros Santos; y sin embargo de haber escrito en veinte estilos distintos siempre han sido inimitables, y no se halla en alguna otra composicion. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el lenguaje, participa, no obstante, como éste, de tan admirable originalidad.—Los mismos que no quieren creer en la autenticidad de la Biblia, creen, sin embargo, á pesar suyo, en cierta cosa

de ella misma. Deistas y ateos, grandes y pequeños, atraídos todos por no sé qué cosa desconocida, no dejan de hojear incesantemente la obra, que los unos admiran y los otros denigran. No hay en la vida una sola posicion para la cual no se pueda encontrar en la Biblia un versículo que parezca expresa y enteramente dictado al intento. Sería difícil persuadirnos de que todos los acontecimientos posibles, felices ó desgraciados, hubiesen sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito por manos de los hombres; pero lo cierto es que en la Escritura se hallan:—el origen del mundo y el anuncio de su fin;—la base de todas las ciencias humanas;—todos los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familia hasta el despotismo; desde la edad pastoril hasta los siglos de corrupcion;—todos los preceptos morales aplicados á la prosperidad y al infortunio; á los más elevados rasgos y á las condiciones más humildes.—Finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales, sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.”

Por último, Donoso Cortés, en su elocuente y bellissimo *Discurso* sobre la Biblia, habla de este modo:

“Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó á leer, treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo ántes de haberse inventado la cien-

cia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan del corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.”

VI

Hemos concluido la corta reseña que nos propusimos hacer de las grandiosas y sublimes bellezas de la Biblia: los párrafos de escritores distinguidos que hemos copiado, habrán sin duda suplido con ventaja á la palidez y pobreza de nuestras palabras.

Por lo demás, preciso es no olvidar que nunca deben recorrerse las páginas de este Libro

divino por mera curiosidad ni pasatiempo. La lectura de la Biblia debe hacerse con espíritu de profunda piedad, con el vivo deseo de instruirse en la enseñanza de la Religión, ya meditando en los sucesos que allí se refieren, ya templando nuestro espíritu al fuego de una convicción profunda y verdadera: de ese modo únicamente podrán cosecharse abundantes y preciosos frutos. Aparte de este saludable bien, sabido es que en las Santas Escrituras se hallan todos los deleites que á un hombre ilustrado y de buen gusto pueden proporcionarle las diferentes formas literarias. Tal vez no será aventurado decir que quien ha leído la Biblia no necesita leer más, pues en ella se contiene, en efecto, lo más exquisito, lo más delicado, lo más conmovedor que puede haber en literatura. ¿Qué poeta moderno será preferible á David y á Job? ¿Dónde están las escenas campestres, comparables siquiera por su inocente sencillez, á las que hallamos en los tiempos patriarcales?

Sabido es, por otra parte, que los poemas de los hombres han tomado siempre algo de aquel manantial fecundo y cristalino; y que muchos de ellos deben su grandeza y su inmortalidad precisamente á lo que tienen de la Biblia. “En él aprendió Petrarca—dice Valdegamas—á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño;

ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje.”— Igualmente, es digno de citarse Racine, autor de *Atalia*, la mejor tragedia del repertorio francés y acaso una de las primeras del mundo. ¿Y qué se podrá decir del gran Bossuet, este apóstol siempre inspirado y sublime? Todas sus obras infunden cierta tristeza, cierto recogimiento de espíritu que conducen á la meditacion: hay en sus *Oraciones fúnebres* una unción religiosa tan marcada, que el alma cristiana se siente llena de inefables y dulcísimos consuelos. Y es que este insigne prelado bebió todas sus inspiraciones en la poesía bíblica: vivió con Dios en la soledad de su corazón, estudiando sin cesar el alma humana hasta en sus sentimientos más íntimos, hasta en sus arcanos más profundos y secretos: por eso sus palabras son majestuosas y elocuentes, graves sus conceptos, y elevados sus discursos, impregnados todos del espíritu evangélico y de una filosofía verdaderamente conmovedora.

Acudid, pues, á la Biblia; y al mismo tiempo que se regenerará vuestro espíritu, encontrareis inefables goces en la lectura de ese Libro por excelencia, eterno é imperecedero como el Dios que lo dictó.



PODER DEL CRISTIANISMO.

I

HAY en el hombre un sentimiento innato de amor hácia un sér superior y perfecto, que incesantemente le impulsa á tributarle ardientes y sinceras adoraciones. A él eleva los himnos de su gratitud cuando la felicidad baja á su pecho y el bienestar le rodea, y á él también acude con sus plegarias en demanda de consuelo cuando se siente agobiado por el infortunio. Adán, en el paraíso, gozando del inapreciable tesoro de una inocencia sin límites, obedecía á la necesidad de recoger su espíritu un momento para entonar hermosos cánticos de alabanza al Criador; y más tarde, cuando la perfidia del ángel de las tinieblas consiguió su primer triunfo, y nuestros primeros padres y sus descendientes comenzaron á experimentar extrañas angustias y dolores, aquel sentimiento se avivó rápidamente, hasta manifestarse en inocentes sacrificios de mansos y blancos corderos: así era como los hombres primitivos, ignorantes y sencillos, mostraban al Sér Supremo su gratitud y su amor. Sin embar-